



CAZA Y PESCA

15 de Octubre 1918

Año VIII.—Núm. 180.

Director: Raimundo Dolz

Admor.: Francisco Barduena

Sumario: La reforma de la ley de caza, por Juan Morales de Peralta.—La Caza como medio educativo de la juventud, por Miguel Benavides.—Cacerías en Andalucía. Un día a Codornices, por Un Marino de Tempul.—Un ruego a las Sociedades de Cazadores y Pescadores.—La Pesca, por M. S. de la G.—Una boda.—«Machaquito», por Curro Vargas.—Sección Bibliográfica.

(No se devuelven los originales)

La reforma de la Ley de Caza

Los "acotados".—Sus orígenes.—El "Honrado Concejo de la Mesta"

En la imposibilidad de volver a la "pelea", en pró de la reforma de la Ley de Caza aportando aquellos conocimientos que con mi larga práctica cinegética, he adquirido y que unidos a los que aportasen mis compañeros de afición pudieran servir de norma para acoplar la nueva ley a los hechos, costumbres y prácticas de que la vigente se haya divorciada, he reanudado en esta Corte, donde me encuentro de regreso de mi excursión veraniega, mis entrevistas con el amigo cazador y leguleyo.

Volvimos a departir amigablemente, y, acogiéndome a vuestra probadísima benevolencia, mis queridos lectores, voy a insistir sobre aquellos puntos en que la vigente Ley de Caza necesita reforma, y transcribiré fielmente cuanto sea tema de nuestra conversación.

Esta vez mi amigo el leguleyo me hizo historia de aquellas cuestiones jurídicas que suelen presentarse a la consideración de los Tribunales, y cuya interpretación torcida dá

lugar a resoluciones arbitrarias y anárquicas, violando derechos legítimamente reconocidos desde tiempo inmemorial.

Comencemos—decía mi amigo—por los desafueros y demasías de los terrenos «acotados», no como fomentadores de la caza, que como tales son dignos de los mayores respetos, sino como terrenos privilegiados por arte y gracia del legislador cinegético.

En nuestras anteriores entrevistas nos ocupamos del bochornoso privilegio de no indemnizar por daños de la caza y burlar de este modo el precepto claro y terminante del artículo 1.906 del Código Civil. Estudiemos ahora el origen y precedentes históricos jurídicos de esta clase de terrenos y veamos cual es su verdadera significación.

El «Digesto» colocaba bajo el amparo de la divinidad la tierra de cada ciudadano y el sepulcro de sus padres.

Los romanos pusieron sus campos bajo la protección del dios «Término» y cada mojón que colocaban en sus fincas representaba a este dios: *Termine sive lapis, tu quoque lunem*

habes (Ovidio); pero en esta época no se conoció en España la costumbre de aportillar las tierras alzado el fruto, para abandonar al aprovechamiento común sus producciones expóntaneas.

Las Leyes XXVI y XXVII, Libro VIII del Fuero Juzgo, reconocían la comunidad de pastos para los ganados trashumantes, pero solo en los campos abiertos y desamparados prohibiéndolo en los viñedos y mieses, y las leyes contenidas en el Título III, Libro VII de dicho cuerpo legal, impusieron severos castigos al que quebrantase el cercado ajeno.

Las leyes visigodas protegieron la propiedad y sus aprovechamientos.

En las Partidas la libertad de disfrutar las tierras estaba contenida en el concepto de la propiedad: «Poder que el hombre tiene en sus cosas de hacer de ellas y en ellas lo que quisiere, según Dios y según fuero.»

El Fuero de León, el Fuero Viejo de Castilla y los ordenamientos generales no ofrecen ninguna ley que contenga la prohibición de cerrar las tierras, considerando el cerramiento contenido en el derecho de dominio.

El verdadero origen de abrir las tierras alzado el fruto para dejar libre el pasto a los ganados, debe fijarse en los tiempos en que el cultivo era incierto y precario por las frecuentes invasiones del feroz enemigo, por eso no se cerraban, ni se poblaban, ni se mejoraban las tierras, los colonos se contentaban con sembrar y recoger el fruto refugiándose después en las fortalezas.

La ganadería tomó entonces una gran preponderancia por la facilidad de llevarla consigo, de uno a otro terreno, y era interés de todos admitir en las tierras los ganados.

Las leyes bárbaras prohibieron cerrar las tierras y opusieron al cultivo uno de los estorbos que más detuvieron su progreso.

En la Edad Media se conservó esa prohibición en las leyes españolas: «porque el ejercicio ordinario de la guerra—dice Jovellanos—en aquellos tiempos feroces, sin distinción de moros y cristianos, se reducía a quemar las mieses y alquerías, talar las viñas, los olivares y las huertas, y hacer presas de hombres y ganados en los territorios fronterizos.»

Antes que las leyes dispensaran protección a la ganadería ya debió existir alguna inteligencia entre los dueños de los ganados para auxiliarse en los largos viajes que emprendían en busca de pastos.

Los Concilios de Toledo dictaron disposiciones protectoras de la ganadería trashumante y en los Fueros Municipales, en las Cartas Pueblas y en el Fuero Juzgo se conceden grandes privilegios a los ganaderos.

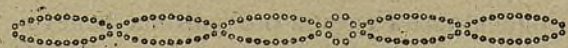
En el reinado de D. Fernando III hallamos ya noticia del Concejo de la Mesta como verdadera institución, y D. Alfonso XI puso los ganados bajo el amparo del rey y ordenó que se formase con él una sola cabaña con el nombre de «Cabaña Real».

El «Honrado Concejo de la Mesta» llegó a ser un estado dentro del Estado nacional, con atribuciones gubernativas y judiciales y verdadero fuero de atracción.

Si durante la Reconquista era la riqueza pecuaria más atendible que la agrícola por la facilidad de trasladarla y ponerla a cubierto de las incursiones que en el territorio fronterizo hacían los árabes, después de la Reconquista parecieron irritantes a los labradores y propietarios, y después de grandes protestas y vicisitudes que iremos examinando en artículos sucesivos, se mermaron a los «mestizos», aquellos privilegios y posteriormente se le quitaron a dicho Concejo las funciones judiciales y se le dió el nombre que actualmente lleva de Asociación General de Ganaderos.

En la próxima entrevista—dijo mi amigo—continuaremos el estudio histórico de los «acotados».

J. MORALES DE PERALTA.



ESCOPEYAS de las mejores marcas, y precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN.—Fuencarral, 45.

La Caza como medio educativo de la juventud

Muchas y repetidas veces hemos oído a distintas personas frases y conceptos contra el cazador, afirmando que éste, entregado de lleno a su pasión favorita, es por lo general un ser vicioso; apático y perezoso para toda clase de trabajo que no sea su afición y además que en él se desarrollan los instintos sanguinarios y crueles.

Error bien manifiesto es el que sustentan los que así piensan y solo por un desconocimiento absoluto de nuestro noble arte, es por lo que se expresan de esa manera. Trataremos de demostrar que no solo están equivocados, sino que el ejercicio de la caza es un gran medio educativo y al cual debemos inclinar las aficiones de nuestros jóvenes desde el momento que entran en la adolescencia.

En efecto, la educación dirige las facultades físicas, intelectuales y morales del individuo para que pueda cumplir sus fines en la sociedad. Mediante la educación, se desarrollan y robustecen los órganos de nuestro cuerpo para que, por medio de ellos, podamos ejercitarnos en el trabajo que es la base de nuestra existencia.

La educación encauza, desarrolla y cultiva la inteligencia para que ejercitándose en el campo de la ciencias y de las artes llegue el hombre a conocer la verdad. La educación nos enseña a la par que nuestros derechos, las relaciones y deberes que tenemos para con nuestros semejantes, para con la familia, para con la patria y para con la Sociedad. De este modo nos prepara para ser hombres útiles y buenos ciudadanos. La educación es pues precisa y necesaria para la vida.

Ahora bien; en el desenvolvimiento y desarrollo de nuestras disposiciones y facultades, intervienen distintos factores y agentes que favorecen en mayor o menor grado el proceso educativo. Deber de todo educador es buscar aquel medio o factor que más activamente contribuya al fin citado y aunque no nos detengamos en analizar uno por uno, pues esto sería salirnos fuera de nuestro objeto, preguntamos: ¿cumple el ejercicio de la

caza los fines expresados y puede por tanto ser considerado como medio o agente educativo?

En primer lugar la caza como medio de educación física llena cumplidamente los fines de ésta. Tiende la educación física el desarrollo de los órganos corporales, aplicando los medios que mejor puedan contribuir a fortalecer y vigorizar el cuerpo, para que este obedezca, después, fielmente las órdenes del espíritu. Apenas salido el joven del periodo de la infancia sus músculos y órganos en general, tiernos y delicados aún, piden un ejercicio moderado y lógico que, poco a poco, les fortalezca y haga adquirir una energía y vigor razonable. El ejercicio que se practica en el campo, con la escopeta al brazo y el perro por delante, es sin duda alguna uno de los ejercicios y deportes mas completos y saludables. Pone en movimiento activo y armónico todo el sistema muscular. Educa, sirviendo de sedante, el sistema nervioso, acostumbrándonos a obrar con sangre fría, a no impresionarnos fácilmente y a reaccionar con prontitud ante el peligro. Lejos del ambiente viciado de las grandes urbes, ejercitándose con mesura en las prácticas de caza; respirando a pleno pulmón oxígeno y con el rostro bañado por la influencia benéfica del Sol, hemos de reconocer que el joven adquirirá en ese ambiente aquella fortaleza y robustez necesaria que hará de él un hombre útil para sí, para su familia y para la Sociedad.

En cuanto a la educación intelectual no es menos interesante el papel que las prácticas cinegéticas pueden desempeñar en ella. Sabemos que esta educación está basada en la cultura de los sentidos externos. Estos transmiten al alma las impresiones del mundo exterior y nos permiten conocer la existencia y materialidad de los objetos. Son, como ya dijo Cicerón, las ventanas del alma, los centinelas avanzados de la misma, a los cuales prestan un gran auxilio otros elementos o instintos educativos, como son la curiosidad y el deseo de conocer. Avido el espíritu ju-

venil de nuevas impresiones y conocimientos, siente una imperiosa necesidad de conocer y adaptarse a todo cuanto le rodea y así ejercitándose provoca la actividad intelectual. No hemos de señalar con todo detalle la influencia que en la cultura de los sentidos externos ejercen las prácticas cinegéticas, ello nos llevaría a un trabajo más extenso que el que nos hemos propuesto. Baste, pues, saber que los adecuados ejercicios que en el campo se practican aprecian lo las distancias forma, luz, color, movimiento etc., cultivan extraordinariamente el sentido de la vista. Que todos los sonidos que percibimos en el campo ya sean débiles y agradables como el paso del aura por la fronda, el murmullo de los arroyos, el gorjeo de los pájaros, etc.; ya sean medianos o fuertes como el mugido del torrente o el bramar del viento educan el órgano auditivo, haciéndole adquirir una delicadeza y finura extremadas a la par que se robustece y fortifica. El contacto con los cuermás diversos, sosteniendo una higiene y limpieza normal en nuestras manos cara y piel en general—¡qué no están reñidas las prácticas higiénicas con las cinegéticas!—lejos de anular y atrofiar el tacto, nos proporcionará también la cultura de este sentido; y por último el gusto y el olfato se ejercitarán igualmente, probando las varias y múltiples sustancias y frutos que el campo nos ofrece, y aspirando los aromas balsámicos del monte.

Teniendo en cuenta que los sentidos nos dan las primeras impresiones, puramente intuitivas, y que, como dice el aforismo pedagógico, lo que penetra por la vista se aprende antes y con más facilidad que lo que entra por el oído, mejor que las explicaciones monótonas y áridas, estimulemos la curiosidad y el deseo de conocer del joven, por medio de paseos y excursiones,—entre ellas las cinegéticas,—que serán, a la par que un recreo, útiles lecciones de cosas, puesto que no solo en estas excursiones, como todos sabemos, pasamos el día cazando, sino que simultáneamente adquirimos múltiples e instructivos conocimientos históricos y geográficos, astronómicos y de orientación, y también sobre la fauna y flora de la localidad, sobre la geolo-

gía y calidad de los terrenos y sus productos, sobre las labores del campo etc., etc. Y si aprovechando la excursión campestre o cinegética visitamos lo que de notable encierra la población próxima a nuestra estancia ya sean monumentos, museos, fábricas etc., habremos contribuido, de una manera agradable y práctica, a nuestra cultura intelectual.

Más no termina aquí la importancia de nuestras prácticas cazadoras. Su influjo en la parte estética es también notable. Nada mejor para el cultivo del sentimiento que la contemplación de la Naturaleza. Ante ella se desarrollan potentes los sentimientos personales, de libertad, dignidad, valor y cultura y sobre todo el sentimiento religioso y el sentimiento de lo bello.

Libre el espíritu humano de toda preocupación cortesana, en medio del hermoso teatro de la Naturaleza, se sentirá dueño de sí mismo y apreciará la perfección de la obra inmensa del Ser Supremo. Nada más bello, ni que nos aproxime más a Dios, que la contemplación de ese cuadro natural que se nos ofrece con tan varios y distintos tonos y matices. Figurémonos por un momento un amanecer en el campo en un día claro y despejado. Vemos un valle limitado por altísimas montañas. En su fondo serpentea un riachuelo que se desliza entre mil jugueteos y regates, semejando allá a lo lejos una cinta de plata. Por las inmediatas laderas, a engrosar el caudal de aquél, otros regatos y arroyuelos rápida su corriente apresuran por en medio de praderas tejidas de romeros, mejoranas, cantueso y menta que a la par que ofrecen a la vista un conjunto armonioso de distintas tonalidades, embalsaman el aire con sus gratos perfumes. Oyense los primeros rumores de la aldea cercana, las esquilas del ganado, el balar de las ovejas, los mil y mil gorjeos y trinos de los innumerables pajarillos; todo, ese despertar rústico y a la vez armónico que forma la sinfonía más delicada y la decoración más sublime y hermosa, en cuyo fondo álzase majestuoso y radiante el astro rey, que colora y da vida y alegría a las cumbres y valles, riscos y cañadas. Creed que el espíritu juvenil, inclinado por natural a las

ideas nobles y generosas, no necesitará en ese momento y ante ese cuadro, que tan débil y torpemente hemos trazado, ni de educadores, maestros, ni sacerdotes que le guíen, él, únicamente, se bastará puesto que si en su alma late un solo sentimiento delicado elevará su corazón a las alturas y al contemplar la obra magna y natural, exclamará: ¡Bendita seas!

Igualmente su educación moral se robustecerá y con el trato de sus compañeros de afición contraerá sinceras, francas, y leales amistades, desprovistas de la ficción y del ceremonial cortesano; su espíritu aparecerá tal cual es, sencillo e ingenuo, rudo y franco. Lejos de él la malquerencia, la antipatía, el odio, la ingratitud y la crueldad. El respeto mutuo se establecerá entre unos y otros; sabrá respetar los derechos de los demás y a la vez hará respetar los suyos, reconocerá sus deberes y ejercitará su voluntad a moverse dentro de las normas de la libertad y de la justicia. El amor a la patria adquirirá fuerza y estará en él latente, apreciando la necesidad de defender con su vida aquellos rústicos y agrestes parajes, que tantos otros regaron con su sangre y defendieron en ocasiones, y sobre los que él sintiéndose dueño y considerando que forman parte de su patria, no consentirá que imponga leyes ni trabas yugo alguno extranjero.

Verdad es que llevada esta afición a extremos exagerados puede degenerar en vicio pero, aunque así suceda en algún caso, no por eso hemos de generalizar y en previsión para que no ocurra, nos esforzaremos, con nuestro ejemplo y consejo, en aplacar los deseos desmedidos y extremada afición del joven educando en el nuevo arte, haciéndole ver que su entusiasmo cinegético no ha de ser causa de abandono del trabajo, de sus deberes, ni de su familia.

Por último; se tacha a nuestra afición de sanguinaria y cruel. El cazador verdadero nunca es cruel, no goza jamás en atormentar sus víctimas. Cuando caza no le ciega el deseo de matar, sino de ejercitar su puntería. Casi siempre le repugna la vista de la sangre, no rematando él nunca la pieza, dejando este

menester al morralero, guarda o a otro compañero. Por lo general no cuenta las piezas muertas, sino el número de disparos hechos, juzgando mayor o menor su diversión, por los cartuchos que faltan en su canana. Por lo tanto mal puede ser sanguinaria y cruel, una afición que como dijo un escritor cinegético, el arte ha ensalzado en todas las épocas, los poetas cantado, que a la conciencia no repugna, que ni la moral ni la religión rechazan y cuyos derechos han sido sancionados por las leyes. Siendo esto así puede ejercitarse el joven sin escrúpulo alguno en una afición que es bien inocente, saludable e higiénica. Por otra parte el joven se aficionará pronto a este deporte que le ofrece una compensación muy en armonía con las exigencias de su espíritu, donde este encontrará el descanso y recreo por él exigido tras un trabajo intensivo.

Véase pues cuan lejos están de la verdad, los que piensan mal de nuestra afición. Ella nos ofrece un ancho campo educativo, despertando nuestros sentimientos justos, bellos y nobles. Ella nos proporciona robustez y energía física. Ella nos anima al trabajo pues este nos proporcionará los medios pecuniarios para atender a aquella. Y ella, en fin, vigoriza nuestro decaído espíritu, cansado y abatido en el rudo batallar de la vida, por causa de ideas y sentimientos opuestos y generalmente mezquinos. Inclínemos pues a nuestros jóvenes a esta afición, que en ella encontrarán salud y vigor y si al pronto no logramos otros mejores resultados, al menos habremos evitado esas múltiples enfermedades que acechan a nuestra juventud entre las cuales la tuberculosis ocupa el primer lugar e igualmente habremos logrado apartarle por medio de los honestos placeres que la caza y el campo nos ofrecen, de otros placeres en la ciudad que, dañando sus débiles espíritus y sus tiernas naturalezas, pueden dejar en el joven huellas fatales que más tarde por desgraciada herencia adquirirán sus hijos.

MIGUEL BENAVIDES.

Madrid, Septiembre 1918.

Cacerías en Andalucía

Un día a Codornices

Por lo típicas en el presente mes en la baja Andalucía, me decido a emborronar unas cuartillas dando a conocer a los estimados compañeros de afición que no la conozcan la caza de la codorniz en el litoral próximo al Estrecho de Gibraltar en el mes de Septiembre, en que, como es sabido, regresan a África estas apreciables aves.

El frecuente viento de Levante en esta región, maldecido repetidísimas veces por cuantos sienten sus efectos molestísimos desluciendo festejos y expediciones durante todo el año y aun haciendo muchas veces necesaria la suspensión de ellos, se trueca por arte de encantamiento, en deseadísimos para los cazadores cuando llega Septiembre, porque cuando este viento sopla con su característica constancia, puede esperarse casi con absoluta seguridad divertidísimos días de caza en los querenciosos lugares conocidos de los aficionados como favoritos hospedajes de una noche de las viajeras africanas.

A bandadas salen los cazadores en las primeras horas de la madrugada, cuando el viento de Levante sopla entablado desde la noche anterior.

Se reparten según sus gustos y pronósticos por los diversos cazaderos y apenas la luz del día permite apuntar, empiezan a cruzar en zizás los querenciosos tomillares, torbiscalles, rastros, etc., y empiezan a sonar los disparos, anunciadores, si son frecuentes, de la perspectiva de un buen día a los aficionados que menos madrugadores o más perezosos vienen detrás y que, al oír la frecuencia de los disparos, corren presurosos para llegar cuanto antes a la tierra de promisión.

En las primeras horas de la mañana, las codornices se vuelan fácilmente al ruido de los pasos del cazador, y aunque un buen perro nunca estorba, puede decirse que a las referidas horas no es necesario.

Pero cuando ya el calor va apretando y las

codornices fatigadas por el continuo correr y volar empiezan a defenderse buscando el abrigo y sombra de las matas, entonces la ayuda de un buen perro que las vaya mostrando es muy eficaz para el cazador, que cuando no va acompañado de uno de estas condiciones, tiene que suplirlo con gran desventaja y mayor trabajo personal por el continuo ir y venir de una mata a otra que tiene que imponerse, tocándolas con el pie o con los cañones de la escopeta a fin de hacer volar la caza que se persigue, si no quiere pasarse veinte o treinta minutos de tiro a tiro, por no arrancarle otras que aquellas encamadas en la dirección de sus pasos.

El pasado domingo, 15 del corriente, salimos cuatro amigos a esta clase de caza, llenos de ilusiones, pues el viento de Levante había soplado castizamente el día y noche anteriores.

Pensamos maduramente el plan estratégico a seguir, y aprobado éste por unanimidad, empezamos a ponerlo en práctica dividiéndonos en dos grupos: uno para la vuelta de los cazaderos del Norte y otro para la del Sur, citándonos a medio día en punto determinado, fácil a ser alcanzado a dicha hora por los dos grupos.

Apenas fué de día y empezamos a cruzar el campo, el sonido tan peculiar de la codorniz al arrancar, se repetía con agradable frecuencia, prometiendo un feliz día de caza.

Registramos minuciosamente los diversos campos de nuestro itinerario, y a la hora anunciada de antemano, poco más o menos, tuvimos la satisfacción de llegar al punto de cita con una buena porción de codornices muertas.

Algo más tarde llegaron nuestros otros dos amigos, también con un buen botín. Almorzamos animadamente y de sobremesa trazamos nuestro plan de la tarde, que pusimos en práctica cazando reunidos los cuatro y con

los auxilios de uno de mis chicos, que buen escudero, conducía detrás del ala una bestia de carga que, como de costumbre, nos llevaba agua, municiones, etc., y nos prestaba excelente servicio.

Se puso el sol, se terminó el crepúsculo y necesariamente nos vimos obligados a dejar de cazar. Confieso que por mi parte deseaba poseer el poder de Josué, que detuvo el sol en su carrera (más razonable hubiera sido detener la tierra), para seguir matando codornices mientras me quedaran fuerzas para sostener la escopeta, pero.... la tierra siguió su movimiento de rotación y nosotros tuvimos que dar la cacería por terminada. Reunimos un total de ciento siete codornices, una liebre y un conejo.

Los clásicos cazaderos de «Huerta del Olivar», «Meinadier», «Pinar de Góyena» y «Olivar de los valencianos» no desmerecieron en nada de la buena reputación que la afición en pleno les tiene asignadas desde antiguo.

Sin los innumerables marronazos y tardonazos de los infernales cartuchos (recargados en su casi totalidad) que usamos y que nos hacía errar en mayor proporción de la acostumbrada, hubiéramos logrado un resultado excepcional en el suscitadamente referido día de caza de codornices del 15 de Septiembre.

UN MARINO DE TEMPUL.

Puerto Real 25 de Septiembre 1918.



Un ruego a las Sociedades de Cazadores y Pescadores

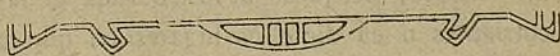
Hace ya bastante tiempo, que esta Asociación de Madrid, envió a sus compañeras de provincias, una circular, rogándoles encarecidamente, que a la mayor brevedad, contestasen a su contenido, para en su vista, redactar, las bases, que se creyesen oportunas, para formar la anhelada y necesaria federación.

Triste es decirlo, pero lo impone la realidad, que pocas, muy pocas Sociedades han remitido su contestación, y de nuevo reiteramos nuestro ruego a las que observan esa demora, que tanto perjudica a nuestra causa, para que sacudan su letargo y envíen esta para que en plazo breve, veamos convertida en un hecho real, lo que hasta hoy es una idea plausible y conveniente, pero solo idea.

No hemos de negar a todos, Sociedades y particulares, lo decisivo del momento para lograr el suspirado fin; estamos atravesando uno de esos periodos, en los cuales se rinde tributo a la razón y no se niega nada, que vaya asistido de derecho, y muy sensible sería, que por nuestra apatía dejásemos transcurrir esta ocasión sin ser realizado el dorado sueño de nuestros ideales, que hubieron de formar y cantar preclaros y entusistas aficionados, que tanto laboraron por tan simpática campaña.

Esperamos del entusiasmo de todos, que reconociendo la razón de nuestro llamamiento, dedicarán un rato a este magno asunto, y nos complacerán, dirigiéndonos sus acertadas contestaciones a la circular remitida, para dar forma y vida a la Federación.

Todos teneis la palabra; ahora o nunca.



Interesa á los cazadores el anuncio **"MOSTELLE RAIMOST,"** que se inserta en la página 1.^a

LA PESCA

OCTUBRE.—Indicaciones prácticas para la pesca fluvial en este mes.

Si el otoño no se presenta frío, todas las indicaciones para la pesca durante el mes anterior, lo son igualmente para el actual.

Unicamente si con las lluvias otoñales, se producen crecidas y turbias en los rios, será conveniente emplear casi exclusivamente como mejor, cebo para todos los ciprinos, la lombriz de tierra.

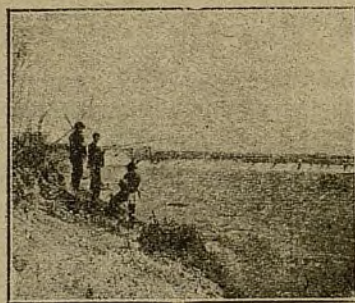
Igualmente es el cebo indicado para la perca y en cuanto al sollo es su mejor cebo, brecas vivas. La trucha ya apenas si toma el anzuelo. Con los primeros frios empieza la presa de estos salmónidos y dedicados casi exclusivamente al instinto de reproducción, es inutil presentarle cebos, pues raramente lo toman.

Prescindimos pues, de dar la tabla de cebos correspondiente a este mes, como apenas si puede decirse nada en los venideros, porque realmente hasta mediados de Marzo no es fructifera ni agradable la pesca con caña.

Unicamente indicaremos aquí como muy práctica, la pesca del barbo y la boga, durante estos meses de Octubre a Diciembre en aquellos días lluviosos y templados, con viento sur, después de un par de días en que haya habido una crecida y turbia, cuando las aguas empiezan a aclararse y toman un color lechoso; pésquese a los bordes de las corrientes o en aquellos lugares en que la corriente empieza a amansarse. Empléese una linea fina, un anzuelo de rabo largo núm. 4 y un flotador del tamaño de una oliva, y un par de granos de plomo del núm. 2 o del 3. La lombriz que esté muy viva, y cébese de

modo que tape todo el anzuelo y sobre todo la punta afilada. Es conveniente que la lombriz no sea demasiado larga y llevar el anzuelo casi rasando el fondo del rio, para lo cual debe sondarse antes de ponerse a pescar.

M. S. DE LA G.



Una boda

En la iglesia de San Ildefonso, se efectuó el día 12 del actual, el enlace de la bella señorita Maria de los Dolores de España y Palarea, hermana de nuestro querido amigo y colaborador de esta Revista D. Arnaldo de España y nieta de los marqueses de España, barones de Rausefort y de los condes de Fabraquer, vizcondes de San Javier, con D. José Cabello Pou.

Apadrinaron a los contrayentes la señora doña Elena Ballota, viuda de Ruiz Cuevas, y el coronel de Caballería D. Manuel Palarea, tío de la novia.

Los novios han marchado a Andalucía. Les deseamos eterna luna de miel.



Cuento

"MACHAQUITO"

Los recluyó en su vetusta casona de Valdepinares una de esas heridas del alma que el tiempo no consigue cicatrizar: la pérdida del hijo único.

Una fortunita les permitía un vivir confortable. Eran respetados y considerados por aquellos buenos campesinos con ingenua y sencillota veneración. Su mundo se reducía a su casona, donde gustaban los sencillos placeres de su rústico vivir.

Aquella maritornes cuarentona, fea como el enemigo, pero recia, incansable y fiel como un mastín, desvivíase por sus ámos, atendiéndolos y cuidándolos con filial solicitud.

Ella, plenamente iniciada en las costumbres de sus señores, los hacía realmente felices, adivinándoles, casi, el pensamiento.

Los viejos madrugaban. Y después de oír su Misa, sendos tazones de chocolate, precedidos de un par de huevos y una soberbia morcilla frita, sin que faltara el buen vinillo

color de oro y las gruesas rebanadas de pan tierno, era su almuerzo.

A las siete de la tarde, cuando don Ramón volvía de la tertulia del Casino, doña Laura, recibíalo impaciente.

—¡Vamos... vamos... no conviene que la Quiteria aguarde... a la mesa!

—¡Tienes razón!...

Y los viejos se sentaban a la mesa, en aquel gran comedor de techo muy alto, frotándose las manos con íntimo regodeo.

Dos tazas humeantes de manzanilla, digestivo remate de la sabrosa cena, marcaban el comienzo de una breve charla.

—Me ha dicho don Braulio que debéis de reuniros para acordar lo que se hace con Roperio....

—¿Sabes tú si doña Enriqueta, la del boticario nos secunda?

—No lo sé; pero... la del teniente de la Guardia civil está entusiasmada con la idea, y la maestra se ha ofrecido para redactarnos el reglamento.

—Oye, ¿a que no sabes quien se casa?
¡D. Fulgencio, el cuñado de la Celes!

—¡Pero si es un carcamal!

—¡Sí, hija; un carcamal que se lleva una de las mozas más juncas del pueblo!

—¿Quién?

—¡La Dorotea, la hija del veterinario!....

—¡Válgame el Señor!

—¡Qué tiempos vivimos Ramón!

—¡Qué tiempos!...

La Quiteria, interrumpía la breve e inocentona sobremesa.

—¡Ea, ya «tién» ustedes «prepará la cama!

Y la Quiteria los dejaba en la alcoba con un cariñoso: «¡Que «ustés» duerman mucho y en gracia «e» Dios!»

Los viejos se arrodillaban en sus reclinatorios, y momentos más tarde, la llama temblorosa de una lamparilla de aceite proyectaba en la albuja de la pared enyesada la sombra de dos perfiles aguileños y yacentes, de dos cabezas venerables medio hundidas en anchos y panzudos almohadones.

Castos, puros, con la sublime castidad de dos inocentes pequeñuelos, los viejecitos prestábanse mutuamente el calor, que es vida.

El sueño besaba sus frentes de alabastro y cerraba poquito a poco sus ojos...

Y la noche, silenciosa, hacía más resonantes las campanadas del lejano reloj de la iglesia, cuyos ecos iban a perderse en la oquedad infinita de los campos dormidos...



La Quiteria se creyó en el caso de protestar una y cien veces.

—¡«Ustés» harán lo que les venga bien, que «pa» eso son los amos; pero «complal» ese «vehículo», y, sobre «too», una caballería «pa guíala ustés mismos», eso me «paice» a mí que va a «traeles mú» réquetegrandes desavíos!

—Pero, mujer—decíale don Ramón,—si es un caballo más manso que un cordero; es un animal que no se mueve!

—¡Otra!... «Pus» si no se mueve, ¿«pá» qué le «quién ustés»?

¡Mujer, no me entiendes! ¡Al decir que no

se mueve quiero decir que lo guía un niño, que no es peligroso, que... lo puedo guiar yo!.... ¡Mira, así, con el carricoche y «Machaquito» podremos salir a tomar el aire. Un día a Fuentiduña, otro al Romeral, otro hasta la cuesta de la Virgen o a los ¡melonares! Te llevaremos una tarde al Romeral. Lo dejas todo hecho, pones una buena merienda, y...

—¿Yo?... ¿Yo?... ¿En ese vehículo, como usted dice, y con ese caballo?... ¡Antes me subo a la veleta de la iglesia!...

—¿Tanto miedo tienes! mujer?—decíale, riendo, doña Laura.

—¿Miedo yo? ¡Yo no tengo miedo a «ná»; pero... me da a mí un «pálpito» de que «tío» esto termina en «tragedia»!... ¡Anden, anden, suban «ustés» al carricoche, y «alante» con el «Machaquito»!... ¡Lo que es como «advertios», me «paice» a mí que «advertios» van «ustés»!

—¡Bueno, déjanos en paz con tus «pálpitos» y tus «tragedias»; que todo eso no es más que miedo, el miedo que tú tienes a ir en coche!



«Machaquito» hizo su entrada en la casa con todos los honores. Y para los dos viejos, como dos criaturas con un juguete muy anhelado, al solípedo, fué el único tema de sus charloteos después de cenar.

En Valdepinares se comentaba la noticia. D. Ramón y doña Laura ¡tenían coche!

El médico, el señor cura, el boticario y el alcalde hicieron a don Ramón mil preguntas en el casino.

Doña Laura se vió acosada por todas las señoras del Roperio el día que celebraron la primera junta.

—Conque coche, ¿eh?

—¡Les habrá costado a usted un sentido!

—¡Y el caballo... dicen que dos mil reales!

—¡Ay, lo que a mí me gustaría tener coche!

—¡Es tan necesario!

—¡Qué excursiones tan deliciosas harán ustedes!...

—¿Cuándo lo estrenan?

—¡A mí me han dicho que les ha costado a ustedes cinco mil reales!....



El pueblo en masa los vió salir. Fué un verdadero acontecimiento.

«Machaquito», alegre y vivaracho por los ocho días de vagancia y de soberbia alimentación, trotaba con creciente inquietud y hacia saltar el tilburí sobre las piedras del camino como si el carricoche fuese de goma.

Don Ramón, sujetándole suavemente con las riendas, le decía con cariño:

—¡Bueno.... bueno ... pequeñín... no hay prisa... vaya. vaya... más despacio, vaya, vaya!

Al volver un recodo, «Machaquito» puso de punta las orejas, miró una piedra, y espantado, arrancó al galope.

Los viejos empavorecidos, se estrechaban el uno contra el otro.

—¡Soo...o! ¡Sooo...o! ¡Basta!... ¡Baaastal... ¡Sooo...o!... ¡«Ma...cha...quito»!

La vieja, convulsa, no pudo por menos de exclamar.

—¡Ay, Ramón! .. La Quiteria es adivina. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo? ¿Te acuerdas bien?...

—Nada; no hay que acordarse de la Quiteria ni de nadie. Mírale, ya se ha tranquilizado; ya va perfectamente. El pobre se asustó de aquella piedra... ¡Eso le sucede a una persona inclusive!... Mírale qué tranquilo y qué bien que tira. ¿Eh?... ¿Qué te parece? ¡Pobrecito; es un pedazo de pan!.... ¡Un infelizote!... Anda, «pequeñín», que bien te calumnia la Quiteria....

Durante media hora, el caballo fué a su paso, dócil y obediente.

Los viajeros se sentían felices, como nunca, respirando a dos pulmones.

Desde un caserío del Romeral hubieron de hacerle cariñosas señas.

—Es la Felipa, con sus chicos.

—Sí... es la Felipa.

—Nos detendremos allá y tomaremos leche.

—¡Vamos!...

El camino bordeaba ya el río. Los viejos contestaban a las señas con otras no menos efusivas.

De pronto, «Machaquito» paró en firme.

—¿Qué le pasa? —interrogó doña Laura, con sobresalto.

—No sé.... ¡Arre! ... ¡Arréé.... «¡Machaquito»!

—¡Ramón, mira que recula!... ¡Mira que nos echa al río!... ¡Raa-a-món!....

Las últimas palabras de la anciana se confundieron con la zambullida del coche y del caballo en el río y con los gritos de terror de los que presenciaban la emocionante escena. Por fortuna, el río, redujo el catastrófico acaecimiento a un baño general...

Y a los dos meses, cuando «Machaquito» y el carricoche estaban muy lejos de la casona, la Quiteria, llevando a sus señores el salicilato, que no lograba vencer sus ataques de reuma, decía:

—¡«Mia» tú si no decía yo «qui» iba a haber una «tragedia»! ¡Recontra, que sí que son «ustés creaturicas»!... ¡Ese «Machaquito», que dicen «c'ha matao» toros!... ¿No va a «poer» matar personas?.... ¡Ni que decir tiene!...

Y los viejos, a pesar de sus dolores, reían de firme.

CURRO VARGAS.

De «El Pueblo de Granada.»



Sección Bibliográfica

Recopilación de sentencias dictadas por el Tribunal Supremo en materia de caza: Muy útil para las Autoridades y aficionados. 60 céntimos.

Notas de caza, por Brú. 2 pesetas.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por Álvarez Navarro, 4.ª edición 1'50 pesetas.

Manual del cazador de Perdices con reclamo, por Escalante. 2 ptas. De venta en la librería Rubiños, Preciados, 23.

El cazador práctico, por Briones Parrá. 5 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

Recuerdos de montería, por Muñoz Cobo. una peseta.

Armas y defensas, por Vázquez de Aldana y Lete. 6 pesetas.

Cacerías en Sierra Morena. Interesante colección de 24 postales a todo color, por Fernández Trujillo. 2 pesetas.

Cirujía popular de urgencia, por el Dr. Varela de Seijas. una peseta.

La caza de la perdiz con reclamo, por A. X. B. 5 pesetas.

Cartilla de pesca, por Pardo y Puzo. 5 pt.

Cuentos de caza, por Balbuena. 2 ptas.

Episodios de caza, por Balbuena. 3 ptas.

De la caza de la perdiz con reclamo, por Pequeño. 4'50 pesetas.

Aves de rapiña y su caza, por el Duque de Medinaceli. 25 pesetas.

Legislación de pesca fluvial, por el Ministerio de Fomento. 50 céntimos.

Estudio crítico de caza, por Liñán y Tavira. 5 pesetas.

Entre riscos y breñas, por Llagaria. 5 pt.

Prácticas cinegéticas, por Morales de Peralta. 3 pesetas.

Arte de cazar, por Arellano. 8 ptas.

Prácticas de caza menor, por A. X. B. 3'50 pesetas.

Enseñanza de los perros, por A. X. B. 3'50 pesetas.

Recuerdos de caza, por Baron de Cortes. 2 pesetas.

Páginas de caza, por Evero. 10 ptas

El mejor perro de muestra, por Cabarrus. una peseta.

Enfermedades de los perros, por Congosto. una peseta.

Experimentado cazador y arte de pescar. 2 pesetas.

Manual de caza de perdiz, por Fraile 3 pt

Arte de cazar (en prosa y verso), por Gomez Arjona. una peseta.

A pelo y a pluma, por Hector Pica-bia. 3 pesetas.

Libros de montería de Alfonso XI 12 pt.

Libros de cetrerías del Príncipe. 6 ptas.

Manual del cazador y del armero, por Mangeot. 3 pesetas.

Cazadores y cazaderos, por Morales de Peralta. 2'50 pesetas.

Apuntes de un cazador, por Morales de Peralta. una peseta.

Las monterías en Sierra Morena, por Morales Prieto. 2 pesetas.

Las grandes cacerías, por Meunier. 1'25

Las grandes pescas, por Meunier. 1'25

Las cacerías de lobos, por Mozo de Rosales. 2 pesetas.

Los cazaderos de Madrid, por Ortiz de Pinedo. 3 pesetas.

La caza a la moderna, por Ortiz de Zárate. 2 pesetas.

Anguilas y Angulas, por Pardo y Puzo. 2 pesetas.

Manual del aficionado a los perros de caza y lujo, por Pellico. 3'50 pesetas.

Los cazadores (episodios) por Perez Escrich. 3 pesetas.

"Fortuna" historia de un perro agra-decido, por Perez Escrich. 50 céntimos.

El cazador estratégico, por Sauri. 3 ptas

Tesoro del cazador. 2 pesetas.

Tesoro de la escopeta. 1'50 pesetas.

Tesoro de los perros de caza, una pta.

Tesoro del pajarero, arte de cazar con redes 1'50 pesetas.

Un paseo por Madrid viejo, por Plácido Soria. una peseta.

NOTA. Nuestros lectores de provincias que deseen adquirir algunas de las obras citadas en esta sección, enviarán además del importe de la misma, 40 céntimos para gastos de envío.